

CAPITULO XV.

—

La cueva del guájaro y los espíritus de los difuntos.

Antes de llegar al convento de los capuchinos aragoneses, hay una arboleda de durazno, y en sus cercanías, en medio de una gran plaza, está una cruz de palo de Brasil, rodeada de asientos, donde se sientan los monges viejos y enfermos, rezando el rosario en el profundo silencio de la naturaleza.

El convento está edificado junto á una inmensa y casi perpendicular pared de rocas. Apenas se puede imaginar una situación mas pintoresca, que recuerda los valles del Conde de Derby y las altas montañas de Mug-

gendorf en Franconia, con la única diferencia de que, en lugar de encinos y pinos, hay ceibas y palmas de todas clases.

De las rocas que circundan al valle de Caripe, en forma de círculo y cuyas pendientes, hácia el Sur, forman perfiles de una altura de mas de mil piés, salen innumerables manantiales de agua.

Estos, formando cataratas, brincan de roca en roca y salen, en lo general, de grietas ó gargantas estrechas. La humedad que producen, hace crecer los árboles, y los indígenas que gustan de la soledad, construyen sus conucos en las mismas gargantas.

Platanares y plantas de melones están allí, juntos con helechos; pero, precisamente esta mezcla de plantas cultivadas y silvestres, dá á estos puntos un singular atractivo.

En los costados de las montañas, desprovistas en lo general de toda vegetacion, se divisan desde léjos los puntos de donde proceden los manantiales, por la multitud de yerbas que á primera vista parecen estar adheridas á la roca, para descender en seguida á los valles, siguiendo las ondulaciones que forma el arroyo. (1)

Allí, en el asilo de la paz, habian encontrado Humboldt y Bonpland una buena acogida, despues de las horas de angustia en la sabana, pues los monges del claus-

(1) Viajes de Humboldt, tomo 2.º pág. 349.

tro los trataron con muchas muestras de la mas generosa hospitalidad. Humboldt fué alojado en la celda del guardian ausente, y teniendo el claustro un patio interior con corredores, como todos los mas conventos españoles, habia bastante lugar para colocar los aparatos y demás utensilios que, por fortuna, habian quedado casi intactos, á pesar de la precipitada fuga efectuada en la sabana, y aun allí mismo podia hacer Humboldt las observaciones astronómicas.

Bastante necesitaban Humboldt y Bonpland un asilo de esta clase y un recibimiento tan hospitalario como disfrutaron en efecto, para descansar de las fatigas consiguientes á aquella corrida de la sabana, con el objeto de salvarse del incendio.

Con gran pesadumbre recordó Humboldt la horrible muerte del hombre de la sabana, que les habia tratado con tanta benevolencia, y que, despues de muchos vaivenes y tormentos en la vida, creia haber encontrado en aquella soledad un asilo seguro para su vejez; miéntras á Bonpland inquietaba la aparicion, en que se figuraba haber encontrado á Nunu y á los dos zambos.

Pero ¿no pudo haber sido obra de su fantasía exaltada lo que creía haber visto en aquellos momentos de terror? Humboldt á lo ménos era de esta opinion.

De todos modos, era muy provechoso para ambos amigos el haber encontrado en el convento un gran número de jóvenes frailes, recién llegados de Europa, con el objeto de repartirse en los diversos conventos. Entre

ellos habia algunos que no carecian de conocimientos científicos. Además, encontró Humboldt en la celda del guardian, una regular biblioteca, que contenia, entre otras obras, el *Teatro Crítico* de Feijoo y las *Cartas Edificantes*; tambien el *Tratado de Electricidad* del abate Roller. Así mismo, habian traído los monges recién llegados una traduccion al español de la *Química de Chaptal*, cuya obra pensaban estudiar en la soledad, á la cual se habian consagrado por toda su vida.

Nada de intolerancia observaban los viajeros en los conventos de las misiones. Los monges de Caripe supieron muy bien que la patria de Humboldt era la Alemania protestante. Con las recomendaciones de la corte de Madrid, no habia motivo para hacer de esto un secreto; pero jamas menoscababa la menor señal de desconfianza, ni una pregunta indiscreta, ó cualquier intento de controversia religiosa, la impresion benéfica de la hospitalidad que ejercian los monges con tanta benevolencia en favor de sus huéspedes. (1)

No solo para descansar de sus fatigas aprovecharon Humboldt y Bonpland su permanencia en el convento, sino que ambos no olvidaron un momento el gran objeto de sus viajes, y á pesar de lo fatigados que se encontraban, hacian dia y noche innumerables observaciones.

Despues de haber levantado el plano del lugar, y determinado su situacion geográfica, hicieron observa-

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tomo 2º pág. 251.

ciones termométricas por todo el valle de Caripe y las alturas limítrofes. Bonpland investigó la Flora de aquellas regiones, colectando multitud de plantas, mientras Humboldt se dedicó al exámen de la Fauna.

Lo que llamó fuertemente la atención de este último, fueron los cafetales en las inmediaciones del convento. Solo en los conucos de la comunidad había cinco mil arbustos, que prometían dar una buena cosecha, y en pocos años esperaban los monges aumentar este número hasta el triple.

El espíritu reflexivo de Humboldt reconoció en todo esto, que la gerarquía clerical desarrolla su actividad en la misma dirección en todas partes, donde se trata de los principios de la civilización, y que los conventos que no habían llegado aún á la opulencia, tanto en el nuevo continente como en la Galia, en la Siria como en la Europa del Norte, influían ventajosamente en el cultivo de la tierra y en la introducción de plantas extrañas; pero allí, donde la riqueza ha despertado la codicia y el deseo de dominar, desaparecería muy pronto esta benéfica influencia. Por lo que respecta á los monges de Caripe, trataron á los indígenas con humanidad, y por esta circunstancia éstos se mostraban adictos á la misión.

Bonpland, que desde la desaparición de Nunu no había recobrado su alegre humor de antes, propuso un día á Alejandro que hiciesen algunas excursiones, con la esperanza de encontrarla.

—¿Y á dónde quereis que nos dirijamos? preguntó Humboldt.

—¿No habeis oido mencionar la cueva del Guájaro?

—Sí, porque es lo primero de que se habla en estas comarcas.

—Esta cueva, dicen los indígenas, es la mansión de los difuntos. Creo que la cosa vale la pena de investigarla.

—En efecto, teneis razón.

Al día siguiente emprendieron la marcha, para visitar esta célebre cueva. Algunos monges é indígenas de la misión, acompañaron á los dos naturalistas á esta expedición.

Era un hermoso día del mes de Setiembre. La sierra del Guájaro en donde se hallaba la cueva, saludó á los caminantes en lontananza; la entrada de la cueva se halla á tres millas de distancia del convento, en la misma sierra.

Una vereda angosta pasa al principio por una hermosa llanura alfombrada de césped; despues llegaron los viajeros á un rio, que segun dijeron los monges, tenía su origen en la misma cueva del Guájaro, por lo que se podría llamar este rio, el Aqueronte de los indios.

El camino era muy molesto, porque se tenía que andar, durante una hora, ó por dentro del rio que no era muy profundo, ó por entre el mismo rio y una pared de rocas perpendicular, en un terreno muy resbaladizo. Numerosos derrumbes de tierra, troncos atravesados en

el camino, que no dejaban pasar las mulas sino con mucho trabajo, y las enredaderas que habia en gran número en el suelo, aumentaban sobre manera las dificultades de la marcha.

Pero todo lo venció la perseverancia y el valor de la caravana.

El paisaje se hacia más y más grotesco é inculto. Las altas masas de rocas se acercaban mas, formando una garganta muy estrecha, por la cual corría un pequeño riachuelo.

Repentinamente pareció que las inmensas masas de rocas iban á caer encima de los caminantes. Las rocas se acercaban por muchos lados, hasta que, formando una sola masa, cubrian de este modo el cielo completamente. La vereda iba á la orilla del riachuelo, haciendo las mismas ondulaciones y con las curvas mas cortas. Los alrededores, envueltos en este crepúsculo mágico, estaban cubiertos con una verde y espesa alfombra de plantas. El rio habia desaparecido como por encanto, pasando por debajo del suelo que pisaban los viajeros, con aquel ruido subterráneo que hace una impresion lúgubre y siniestra. Repentinamente, al formar un ángulo agudo la roca, volvió á ser visible el rio y, ante los viajeros, se presentó la inmensa boca de la cueva del Guájaro.

Esta vista tenia algo de grandioso, aún para Hum-

bolt, que conocia los cuadros pintorescos que presentan los Alpes. (1)

Los viajeros se detuvieron sorprendidos y llenos de admiracion.

Una cosa semejante no habria esperado el mismo Humboldt; que conocia las cuevas del Pico de Derbyshire, en donde acostado en una cama, se pasa debajo de una bóveda, de dos piés de alto, un rio subterráneo. Tambien habia visto la hermosa cueva de Treshemien-shiz en los Carpatos; lo mismo que las cuevas del Harz y de Franconia, que sirven de sepuleros á los huesos de tigres, hienas y osos tan grandes como nuestros caballos. El sabia que la naturaleza obedece en todos las zonas á leyes invariables, tanto en la reparticion de las especies de rocas, como en la figura exterior de las montañas, y aún en las grandes revoluciones que ha sufrido la costra exterior de nuestro planeta.

Despues de estas analogías que se repiten frecuentemente, debia suponer que la cueva del Guájaro no seria muy diferente de las que habia visto en sus viajes anteriores; pero la realidad excedió á todo lo que habia esperado. (2)

Aunque todas las cuevas tienen, segun su formacion y por el brillo de la estaláctitas una semejanza sorprendente en su conjunto, con respecto á su naturaleza anor-

(1) Viajes de Humboldt etc., tomo II., pág. 286

(2) Viajes etc., tomo II., 356.

gánica tenia en este caso la boca de la cueva del Guájaro un especial carácter por la exuberancia de su vegetacion tropical.

Con munificencia se abria esta cueva en el perfil perpendicular de una alta y árida roca.

La entrada, hácia el Sur, formaba una bóveda de ochenta piés de ancho y setenta de alto, de manera que tenia una quinta parte de la altura de las columnas del *Louvre* en Paris. Pero lo que imprimia á primera vista á este espectáculo el sello de la majestad, era que en la roca, encima de la gruta, se ostentaba como una inmensa corona, un grupo de colosales árboles. El mamey y el genipa con sus hojas anchas y brillantes, elevaban sus ramas hácia las nubes, miéntras las del curbaril y de la erictrina se extendian formando una espesa bóveda con su verde follage.

Los potos con sus tallos jugosos, oralis y orquideas de una estructura rara y fantástica, con la flor amarilla de manchas negras y de tres pulgadas de diámetro, crecian en todas las grietas de las rocas; miéntras las enredaderas, movidas lijeramente por el viento, se enlazaban delante de la entrada, formando un lijero tejido. (1)

—¡Cielos, qué munificencia! exclamó Bonpland repetidas veces. Ved, Humboldt, como entre estos tejidos de flores se ostenta la bigonia violeta, junto al dolicos,

(1) Descripcion literal. Viajes etc., tomo II., pág. 351.

color de púrpura, y con ambos la magnífica solandra, cuya flor, color de naranjo, tiene un tallo carnoso de cuatro pulgadas de largo. Es la primera vez que se nos presenta en la naturaleza.

Humboldt atendió con gusto á la exclamacion de su amigo, cuyo rostro pálido habia cambiado en otro mas fresco, rebozando de alegría. Tambien la ciencia es una amada, y tenia la predileccion en el corazon viril de Aimé y en su atrevido espíritu de investigacion.

Aimé olvidó todo en aquel momento..... el mundo, la vida y el amor, por la multitud de plantas que allí se presentaban.

Esta magnificencia de plantas no solo adornaban el exterior de la cueva del Guájaro, sino tambien el interior, en contraste con las del Norte.

Humboldt y Bonpland vieron con sorpresa que, las orillas del riachuelo que penetraba al interior de la cueva, estaban pobladas de magníficos ejemplares de liconias, de una altura de diez y ocho piés; de platanares y palmas de Praga, juntas con especies de Aruma.

Maravillosa era la vista de la vegetacion tropical, presentada por la luz crepuscular que dominaba en la cueva. Habia algo de mágico en ello. ¿Conducia acaso este rio con sus estrechas márgenes, ricamente pobladas de plantas, á un fantástico palacio de espíritus?..... ¿O era éste la entrada á las tranquilas regiones de las almas de los difuntos?

Los viajeros penetraron cuatrocientos treinta piés al

interior de la cueva con la luz del crepúsculo, faltando ya la cual, tuvieron que encender bujías.

Mas ¡qué nuevas escenas se presentaron entónces! Terribles gritos se percibieron. ¿Serian acaso los de las harpías, enemigas de los hombres, ó los de los pájaros negros de la Estigia del Tártaro?.....

Los dos amigos se detuvieron llenos de sorpresa. Aunque les habian informado que allí habitaban millares de guájáros, no habian esperado lo que tenian á la vista.

Miles y miles de estos pájaros revoloteaban al derredor de las cabezas de los viajeros, haciendo un ruido infernal: parecidos á los zopilotes, y del tamaño del halcon, tenian como manojos de seda cerca del pico. (1) Su plumage era de color azul gris, con pequeñas rayas y puntas negras; sus cabezas, alas y colas, tenian grandes manchas blancas, en forma de corazon.

Humboldt y Bonpland escuchaban con sumo interés los informes que les daban los indígenas y monges, respecto de estos pájaros, que solo salian al anochecer, principalmente con la luz de la luna.

Las enormes estaláctitas, de formas extrañas, que cubrian los oscuros salones; el rio, que corria en la os-

(1) Humboldt. Viajes etc., tomo II., pág. 358. *Stentorius* (pájaro de grasa) Humboldt, *recherches d'observations de zoologie et anatomie comparée*. (Ensayos y observaciones zoológicas, y anatomia comparada.)

curidad, con sus cristalinas aguas; la luz de las bujías; el continuo cambio de luz y sombra; el vuelo de los grandes pájaros, al derredor de las bujías y de las cabezas de la gente; todo esto, junto con los graznidos de los guájáros, que resonaban en la bóveda de las rocas, como viniendo de la profundidad y causando un eco céntuplo, todo esto, repetimos, causó una indescriptible impresion en el ánimo de Humboldt y Bonpland.

Aun las facciones de los monges y de los indígenas, á quienes no cogia de nuevo este fenómeno, demostraban el terror.

Habia algo de fantástico en toda esta escena.

A una altura de sesenta ó setenta piés, vieron con la luz de las hachas encendidas, multitud de nidos en forma de embudos, suspendidos en los agujeros de la bóveda.

Cuanto mas penetraban en la cueva, mas terrible resonaban los graznidos de estos animales.

Uno de los monges dijo al oido de Humboldt:

—Cada año, en el dia de San Juan, visitan los indios la cueva, y destruyen los nidos que encuentran en ella. En tales ocasiones matan generalmente muchos miles de la cria, para extraer la grasa. Las aves, que se mantienen de granos, y no están expuestas á la luz del dia, teniendo á la vez poco movimiento, engordan mucho, como enseña la experiencia. Se sabe cuánto influye en esto la oscuridad y el reposo. Los pájaros nocturnos, en Europa, son flacos, porque no se alimentan de granos, como los guájáros, sino de lo que cazan. En tiempo de la

cosecha de la manteca, como dicen aquí, construyen los indios chozas de hojas de palma á la entrada de la cueva. Allí sacan, en la lumbre, la grasa de los pájaros y la conservan en ollas de barro, para su consumo. Esta grasa, conocida con el nombre de manteca de guájaro es semi-líquida, trasparente y sin olor. Se puede conservar todo el año, sin que se haga rancia. En la cocina del convento de Caripe, no se usa otra manteca que ésta, y seguramente habreis notado, que la comida condimentada con ella, no tiene olor ni sabor desagradables.

—Es extraño, dijo Humboldt, que esta especie de pájaros no haya sido destruida en su totalidad, con el transcurso del tiempo.

—Esto habria sucedido seguramente, contestó el monje, si no existieran algunas circunstancias que contribuyen á su conservacion. Los indios no penetran muy al interior de la cueva, por causa de la supersticion. Tambien es probable, que los guájaros habiten igualmente en las cuevas adyacentes, que son impenetrables para los hombres. Acaso siempre se puebla la cueva principal con colonias que emigran de aquellos pequeños agujeros del suelo, porque hasta ahora no ha disminuido mucho el número de los guájaros. Se les ha llevado, de poca edad, al puerto de Cumana: allí vivian algunos dias sin comer algo, porque rehusaban el grano que se les presentaba. Si se abre el estómago y el buche de los pájaros chiquitos de la cueva, se encontrará allí una especie de grano seco, que se conoce con el nombre de «semilla

de guájaro.» Es un remedio eficaz contra las fiebres y calenturas intermitentes. Esta semilla la reunen con cuidado, y la dan á los enfermos de Cariaco y otras regiones, donde reinan las calenturas.

La caravana, regentada por Humboldt y Bonpland, y guiada por cuatro indígenas, con hachas encendidas y amarradas en estacas, se preparaba para internarse mas á la cueva, cuando Alejandro de Humboldt se sintió detenido por el brazo.

El mulato, con sus facciones espantadas, se hallaba detrás de él.

—Amo, le dijo, mulato suplicar amo no ir mas adelante.

—¿Porqué no? preguntó Humboldt.

—¡Oh!..... no ser bueno ir adelante en la cueva del Guájaro.

—Pero ¿por qué motivo?

—Mulato tener motivo..... mucho motivo..... buen motivo.

—Entonces dílo.

—Hasta aquí vivir guájaros..... amo poder andar... matar pájaros..... sacar manteca.

—Todo esto ya lo sabemos.

—No saber amo lo que hay adelante.....

—¿Y qué hay allí?

—¡Oh! exclamó el mulato, extendiendo ambas manos, con la cara llena de espanto..... allí ser terrible.....

—Pero ¿por qué pues?

—Vivir almas..... malas almas de indios muertos. Humboldt sonrió.

—¡Oh, no reír amo!..... no ser bueno reír aquí..... ser aquí horroroso..... No andar donde almas de malos indios.

También los indígenas, que llevaban las hachas encendidas, instaron que no fueran mas adelante.

—No seáis preocupados, dijo Humboldt. Fuera de los guájaros, nadie vive allí. Dejados explorar con calma esta cueva maravillosa.

Pero el mulato se opuso á que Humboldt se internara más, diciendo:

—Amo, mulato con gusto salvar amo de tigres..... pero no poderlo de almas de difuntos.

—Tampoco habrá necesidad de ello, dijo Humboldt con afabilidad. No iremos con el objeto de hacer daño á las almas, sino para explorar.

—Hombres no ver nada, donde no mirar ni *Zis*, ni *Nuna* (1), ni ir con guájaros á la muerte (2). Solo haber *piaches* é *imorones* (?) gustar allí *Ivoroquiamo* (4).

—¿Quién es Ivoroquiamo?

—¡Oh! maligno espíritu; jefe de espíritus malos.

Humboldt volvió á sonreír, y dirigiéndose á Bonpland y á los monges, dijo:

(1) *Zis* significa sol; *nuna*, *numu*, la luna.

(2) Ir con los guájaros, significa en el idioma de los Caimas, morir.

(3) *Piaches* (hechiceros); *imorones* (envenenadores); *Ivoroquiamo* (jefe de los espíritus malignos.)

—En todas las zonas se parecen los mitos mas antiguos de los pueblos; principalmente aquellos que se relacionan con las fuerzas que gobiernan al mundo, con la mansion de las almas, despues de la muerte, y con la recompensa de los justos, y el castigo de los malos.

—¿Y amo insistir ir mas adelante?

—Sí contestó Humboldt con firmeza. Tú puedes quedarte si quieres.

—¡No! dijo el mulato con tristeza, mulato no quedar. Ir amo, mulato ir tambien.

Pero se presentó un nuevo obstáculo. Los indios que llevaban las hachas, no querian ir mas adelante. Humboldt les ofreció dinero..... en vano. Se necesitaba de toda la autoridad de los monges para que los indígenas se comprometiesen á avanzar hasta el punto donde el terreno empieza á subir rápidamente, y el rio subterráneo forma una pequeña catarata.

Allí se hizo muy estrecha la cueva. Su altura no llegaba á cuarenta piés, aturdiendo completamente los graznidos de los pájaros, cuyas alas rozaban de continuo las cabezas de los invasores, á causa de que iba disminuyendo la capacidad de la cueva. Molestaba de tal manera el humo de las hachas, construidas de corteza de árboles y de resina, que á todos dolian los ojos y se hacia mas dificultosa la respiracion.

Con esto se acabó la buena voluntad de los indígenas, á quienes su miedo les hizo adoptar el pretexto de que no era posible ir mas adelante.

—Pues bien, dijo entonces Bonpland, cuya sangre francesa estaba hirviendo de cólera, al ver la cobardía de los indígenas. Avanzaremos, pues, solos.

Y con esto quitó á uno de los indígenas la hacha, y se iba á internar mas á la cueva, cuando al mismo instante quedaron como petrificados todos los de la caravana..... pues á pesar de los graznidos de los guájaros, se oía un grito «socorro,» del interior de la cueva.

—¡Amo, amo! gritó el mulato; tener misericordia, no ir adelante. gritar espíritus malignos.

Y se echó al suelo, boca abajo, como los demás indígenas.

—¡Cosa extraña! dijo Humboldt.

Algunos de los monges se habian puesto pálidos como la muerte.

—¡Un grito de socorro! dijo Bonpland; si esto acaso...

Ya habia dado su rifle á uno de los monges; y sacando violentamente las pistolas de la cintura, y tomando en la mano izquierda una bujía, se precipitó hácia el interior de la cueva, sin esperar siquiera á Humboldt.

Este, apenas tuvo tiempo de seguirle.

La vereda, á un lado del riachuelo, se habia estrechado más y más, y estaba cubierta con montones de piedras que obstruian el paso, por lo cual se hacia muy difícil avanzar.

En vano recomendaba Humboldt á su amigo, que anduviera con precaucion, á quien á pocos momentos habia perdido de vista, por la circunstancia de que la cue-

va tenia un recodo en aquel punto, y Humboldt se habria quedado en completa oscuridad, si no lo hubieran seguido con una hacha encendida.

Sorprendido se volteó..... era el mulato, que venia temblando de piés á cabeza.

Se oyó un tiro, que encontró un eco céntuplo en todos los ángulos de la cueva.

—¡Amo, amo! gritó el mulato, que apenas podia sostenerse en pié por el miedo: esto ser Ivoroquiama.....

Humboldt no contestó; pero tampoco se empeñó en avanzar más, porque se le vino encima una gran bandada de guájaros, que hacian un ruido infernal, mientras el humo de la pólvora llenaba toda la cueva.

Despues de haberse disipado un poco este humo, se apresuró Humboldt á llegar al recodo de la cueva, en donde se habria podido creer, á primera vista, en la supersticion de los indios, respecto de las almas de los difuntos; pues Bonpland luchaba allí con dos figuras desnudas, y su hacha tirada en el suelo, medio apagada, alumbraba la escena con una débil é insegura luz.

¿Eran hombres, ó eran demonios aquellos con quienes luchaba?

—¡Los zambos! exclamó Humboldt.

—¿Zambos? repitió el mulato, y esta palabra le devolvió, como por encanto, toda su presencia de ánimo y valor.

Con la velocidad del rayo se puso al lado de Humboldt, y con su vista perspicaz se convenció de que en

efecto eran los zambos, con los cuales luchaba Bonpland.

En aquel momento cayó uno de ellos, era el viejo, que arrojaba sangre por una herida, mas el otro seguia luchando de muerte con Bonpland.

La hacha se apagó.

Humboldt avanzó pistola en mano; pero no pudo arriesgar un tiro, porque los dos combatientes se tenian abrazados y cambiaban de posicion á cada momento, de manera que una bala podria haber matado á uno y otro.

Ya se habia acercado á los combatientes, cuando estos se cayeron al suelo; pero en el mismo instante se acercó á ellos una tercera persona..... era el mulato. Humboldt se quiso acercar mas..... pero se le cayó el hacha de las manos en el riachuelo, y se apagó..... Un grito de espanto..... un ruido en el agua..... y todo quedó en silencio.

En el mismo instante vió Humboldt caer delante de sí, una figura humana.

—¡Nunu? exclamó.

—¡Está perdido! dijo una voz de mujer; pero fueron las únicas palabras que pudo articular, porque cayó desmayada.

CAPITULO XVI.

Conato de homicidio.

Habian pasado algunas semanas despues de la visita á la cueva del Guájaro; semanas de gusto y alegría para Bonpland..... porque habia vuelto á encontrar á Nunu, y pudo al fin llamarla suya.

La salvacion de los tres habia sido casi un milagro.

Despues de aquel momento horroroso, en que se apagaban las dos hachas en la cueva, y caian los dos combatientes en el rio, luchando á muerte, miéntras á los piés de Humboldt caía Nunu desmayada..... despues de aquel momento, habia llamado Humboldt á